

LOS GRANDES IMPERIOS: TIRANOS Y SIERVOS

«En los cien años que han transcurrido desde que llegó el hombre blanco, he visto desvanecerse mi libertad como el salmón que huye misteriosamente hacia la mar. Las extrañas costumbres del hombre blanco, que yo no podía entender, me las ha impuesto hasta no dejarme ni respirar'. Y cuando luché para proteger mi tierra y mi hogar, se me llamó "salvaje". Cuando no comprendí ni acepté el modo de vida del hombre blanco, se me llamó perezoso. Cuando intenté guiar a mi pueblo, se me despojó de mi autoridad»
DAN GEORGE, JEFE ALEUTIANO.

Hasta hace poco tiempo, en los libros de Historia casi no se hablaba nada más que de los reyes de cada país y de las batallas que ganaron (o perdieron). Daba la impresión de que los hombres estaban siempre en guerra. Ahora se estudian otras cosas; las costumbres, las leyes, las relaciones comerciales, las herramientas,... es decir, la verdadera historia, la de la gente normal. Y la mayor parte de la gente durante la mayor parte del tiempo ha vivido en paz. Igual que ahora, la mayoría de las personas han trabajado, de una forma u otra, para conseguir alimentar y vestir a su familia y para tener algún tipo de casa o refugio donde protegerse y descansar por las noches.

También se ha podido comprobar que las distintas costumbres, leyes, formas de vestir, de construir las viviendas y de trabajar, es decir, las distintas culturas, dependían mucho de los climas, de los productos de la tierra, de los animales que domesticaron. Hasta la «forma de ser», el carácter, la forma de ver la vida, dependían mucho de su ambiente. Por ejemplo, en los sitios tropicales, con temperaturas cálidas y abundancia de frutas y pequeños animales, no era necesario trabajar mucho para vivir, ni usar mucha ropa, ni construir casas muy complicadas. La gente era, y sigue siendo, alegre, sociable y sin prisas y, lógicamente, no considera que trabajar mucho sea importante. En las zonas de clima muy frío y duro, hay que luchar contra la Naturaleza. Sobrevivir es un trabajo muy duro. Las familias viven más aisladas en sólidas casas y conseguir una situación confortable se considera una bendición. Ser muy trabajador y serio, incluso ser ambicioso se considera positivo.

También las leyes y las normas se basan en la experiencia y en el modo de vida y, con el tiempo se aceptan por toda la sociedad sin preguntarse por qué se hicieron. Por ejemplo, la norma de no comer ni criar cerdos surgió en Oriente Medio en un clima seco y una tierra pobre, seguramente porque les producían bastantes problemas: los cerdos son omnívoros (como los hombres) comen de todo y son muy tragones, lo cual no es práctico cuando la comida no abunda. También, en climas muy secos, tienen mucha necesidad de agua (o barro) para refrescarse la piel. Además, sobre todo cuando comen desperdicios, transmiten enfermedades y parásitos. Por eso se les declaró «impuros» y no se crían. Sin embargo allí abundan las cabras, que necesitan poca agua y se conforman con unos pocos hierbajos secos (son capaces de comerse tranquilamente un periódico o una camiseta). Y así ocurre para

muchas otras costumbres. Hay un antropólogo llamado Marvin Harris, que ha escrito varios libros (no son «ladrillos», son muy entretenidos) en los que explica por qué han surgido (o por qué han podido surgir) estas distintas costumbres y normas en todo el mundo.

Es muy importante, desde el punto de vista ecológico, que existan distintas culturas, porque, como hemos visto son la forma que tienen los hombres de relacionarse con el medio ambiente, de adaptarse culturalmente a las características de su entorno. Se puede decir que la cultura es el «nicho ecológico» de los hombres. Además, cada cultura es muy importante para que los hombres se relacionen armoniosamente entre sí, para que se sientan identificados con las personas que les rodean, con su tierra, para no sentirse solos. Y la cultura, la forma de comportarse, el idioma, se absorbe desde el nacimiento. Por eso es una estupidez decir que unas «razas» valen más que otras: «los chinos son así, los africanos de tal forma, los españoles de ésta,...» porque si un niño de cualquier parte del mundo se cría, desde el nacimiento, en las mismas condiciones que los otros niños de otra cultura, se comporta, habla y es exactamente igual. Lo que cambia es la cultura: el hombre es exactamente igual y «vale» lo mismo en todos los sitios.

Pero además, ninguna cultura es «pura», aislada totalmente de las demás. Todas las culturas existentes sobre la Tierra han tenido contactos con otras, se han enseñado cosas entre sí en un período u otro de la Historia, y ha sido así desde la Edad de Piedra. Y lo mismo pasa con las «razas», porque, a lo largo de miles de años, las poblaciones humanas han emigrado y se han mezclado entre sí continuamente. Está claro que existen diferencias en el color de la piel, en la forma de la nariz o del cuerpo (ya hemos visto por qué), pero dentro de cada grupo humano existe mucha variedad y sólo un cierto porcentaje reúne todas las características que se consideran las típicas de sus «razas»: por ejemplo, en Suecia, las personas altas, rubias, fuertes y con ojos azules, son menos de la mitad de la población. Además en las zonas de contacto entre unos grupos y otros, se puede ver que las características son intermedias: por ejemplo, los africanos de Somalia se parecen más a los egipcios o a los de Arabia Saudí que a los habitantes del Congo. Los biólogos decimos que la variabilidad humana es continua: no hay «saltos» entre una «raza» y otra. Por eso pongo la palabra entre comillas, porque desde el punto de vista biológico no existen «razas» humanas diferentes. Son sólo grandes grupos que se parecen más o menos entre sí. Es como si distinguésemos sólo entre coches deportivos, familiares y utilitarios; no hay sólo tres tipos de coches en el mundo: dentro de cada grupo hay una gran variedad y todos son iguales en lo fundamental: tienen motor, ruedas y volante y pueden transportarnos sentados cómodamente.

Por eso, desde el punto de vista científico no se emplea el término de «raza» sino el de grupos bioculturales, porque puede haber algunos con un aspecto físico muy parecido y grandes diferencias culturales como, por ejemplo, los «blancos» de la India y Europa, o al revés, cultura igual y físico diferente, como pasa en Mauritania. Pero son mucho mayores las diferencias que hay entre las culturas que las diferencias biológicas entre los hombres.

Y del mismo modo que la biodiversidad es fundamental en un ecosistema para que se mantenga el equilibrio ecológico, y es peligroso que desaparezca cualquiera de sus componentes, porque otros se pueden convertir en «plagas», con la diversidad cultural pasa algo parecido: es muy necesaria

porque, como hemos visto, en cada lugar del mundo, cada cultura ha surgido y se ha mantenido durante miles de años como una forma de adaptación del hombre a su entorno. Podemos decir que cada cultura es consecuencia de las características del hábitat, aunque unas puedan aprender y usar cosas de otras culturas. Pero cuando una cultura surgida en un hábitat concreto se extiende (casi siempre por la fuerza) a otros sitios que no tienen nada que ver con ella, ni por su historia ni por su ambiente, los efectos son muy perjudiciales: desaparece la diversidad cultural y la cultura que se impone se convierte en una «plaga». ¿Ha pasado eso alguna vez? Volvamos a nuestra historia: como vimos en el capítulo anterior, junto con el nacimiento de las ciudades y la expansión de la agricultura aparecieron los ejércitos y las guerras organizadas. También comenzó otro problema que ha sido, y sigue siendo, causante de muchos conflictos entre los hombres: El aumento de la población. Los cazadores-recolectores siempre han tenido cuidado de no aumentar demasiado su población porque tenían claro lo que se podía obtener de su territorio y no querían conflictos con otros. Pero el cambio en el modo de ver la Naturaleza que surgió con la agricultura también modificó la forma de ver la familia: para los agricultores, tener el mayor número posible de hijos era una forma de tener ayuda en el trabajo del campo.

Para los reyes y caciques los abundantes hijos de los campesinos suponían más trabajadores para sus campos y más soldados para sus ejércitos... Porque en todos los sitios del mundo donde surgieron las ciudades y los reinos, los jefes obligaban a sus súbditos a trabajar parte del tiempo para ellos, o a entregarles una parte de sus productos para mantener sus palacios y sus ejércitos... Y ha sido así tanto en China e India, como en México y Perú, en Europa y África.

Y así, el aumento de las poblaciones y, a veces, las malas cosechas, por el clima o las plagas, hacían que la tierra no pudiera mantener a la población y se organizaban guerras para quitar el territorio a los vecinos. Pero todavía las batallas no eran demasiado feroces. Las armas que usaban unos y otros eran parecidas y los combates eran «cuerpo a cuerpo». Los ejércitos se enfrentaban y, cuando un bando veía que no podía ganar, se retiraba o se rendía. Aunque las descripciones de los historiadores de la época describían, a veces, las batallas como «terribles» o con «innumerables muertos», era porque eran así para su tiempo (no conocían las de ahora). Por ejemplo, en la batalla de las Navas de Tolosa (en 1212), que fue calificada de «tremenda» y resultó decisiva para la Reconquista, el número de víctimas fue de 387 (hoy las puede provocar un sólo misil, y normalmente en población civil).

Pero, la población mundial no aumentó desde el principio de una manera peligrosa. Y uno de los motivos es que, cada cierto tiempo se producían grandes epidemias, provocadas por la suciedad, el hacinamiento y la mala alimentación. Durante muchos siglos, las únicas poblaciones saludables y bien alimentadas eran las de los «primitivos» cazadores-recolectores. En el mundo «civilizado», tanto en Europa como en Asia y América, la gran mayoría de la gente vivía pobremente y siempre aquejada de enfermedades diversas que, a veces producían mortandades terribles. Por ejemplo, a mitad del siglo XII, la peste hizo que muriera en Europa la cuarta parte de la población. En Inglaterra, la población se redujo a casi la mitad, pasaron de 3,8 millones a 2,1. ¡Debía ser terrible la vida en esas condiciones! familias y pueblos enteros muriéndose lentamente entre la suciedad, sin posibilidad de curarse.



Pero hubo un golpe de suerte que convirtió a los pobres países europeos en los dueños del mundo: la lucha contra las duras condiciones ambientales (un clima duro o unas tierras pobres) obligaba, por una parte, a inventar instrumentos que hicieran más fácil el trabajo, y por otra, a buscar materiales que no tenían por otros países. A finales del siglo XI llegaron a Europa, procedentes de China, a donde viajó el veneciano Marco Polo, varios inventos que eran desconocidos en nuestro continente. Entre ellos, uno que en China se utilizaba para hacer espectáculos en las fiestas: la pólvora. Pero en Europa se le dio una aplicación más «práctica», las armas de fuego. Este «progreso», que fue producto de la casualidad, porque fue el resultado del viaje de un mercader, dio a los europeos una gran ventaja sobre otros pueblos del mundo y fue de gran importancia para lo que sucedió a partir de entonces.

Como en Europa ya había una antigua tradición marinera, desde las civilizaciones mediterráneas en el sur (griegos, romanos, fenicios,...) y los vikingos en el norte, los barcos recorrieron el mundo en busca de distintos materiales, primero como mercaderes, pero cuando vieron que con sus armas de fuego podían dominar a las gentes de otros países... enviaron ejércitos y se hicieron los dueños de enormes territorios de África, Asia, América, Oceanía,...

Imaginaos lo terrible que debió ser lo que les ocurrió a estas gentes: ¿cómo os sentiríais vosotros si estuviésteis tan tranquilos en vuestro pueblo, en vuestro país, y llegaran unos hombres extraños y os dijeran que vuestro país es suyo, y vuestro pueblo, vuestra casa, vuestros huertos? Que tendríais que trabajar para ellos. Incluso que os cazaran como animales y os vendieran como esclavos. Pues esto es lo que hicieron (hicimos) los europeos en muchas partes del mundo.

En los países en que había civilizaciones agrícolas con población abundante, se limitaron a dominar o matar a los jefes y a quienes se resistían a la invasión, y a llevarse todas las riquezas que pudieron a Europa, pero, a excepción de los españoles y los portugueses, apenas se mezclaron con las poblaciones que invadieron, se limitaban a utilizarlos como siervos.

Pero donde la invasión europea tuvo los efectos más terribles fue en las zonas donde las poblaciones eran de cazadores-recolectores o en las que los pequeños grupos no tenían ejércitos organizados. En África se capturaron a miles de personas para venderlos como esclavos en América, se destruyeron sus poblados y se establecieron «colonias» en las que hacían trabajar a sus

habitantes para llevarse sus minerales, sus maderas, sus frutos,...

En Norteamérica, los europeos se dieron cuenta de que los «indios» que eran muy sanos, y no habían sufrido epidemias como en Europa, se morían de enfermedades como el sarampión o la rubeola (porque no estaban inmunizados) y, les vendían mantas y ropas contagiados por enfermos, con lo que se morían poblados enteros. Parece ser que murieron más indios por enfermedades y por el alcohol que les vendían, que en las «heroicas» batallas de las películas. De muchísimas tribus solo quedó el nombre, y los pocos que quedaron y se defendieron fueron encerrados en «reservas» en las zonas más pobres del país, donde aún viven la mayoría.

Otro lugar donde el exterminio fue despiadado fue Australia. Aunque descubierta por los portugueses, fue el capitán Cook en 1770 el que «tomó posesión» del continente en nombre del Rey de Gran Bretaña, y la declaró «tierra deshabitada» (es de suponer que a los australianos no les importó que les ignoraran). Lo primero que hicieron fue establecer un penal (un campo de concentración) para delincuentes, pero pronto fueron llegando cada vez más delincuentes y «colonos». En seguida comenzaron a organizar cacerías de «aborígenes», es decir, de australianos. Mataban fríamente a hombres, mujeres y niños. Cuando llegaron los ingleses a Australia había unos 400 000 cazadores-recolectores haciendo su tranquila vida por todo el enorme continente. A finales del siglo XIX quedaban unos 30 000, que sobrevivieron porque se refugiaron en los desiertos del interior, que eran muy temidos por los ingleses. Pero en Tasmania, una gran isla situada al sur de Australia, la población fue exterminada totalmente. El último tasmano, una mujer, murió a finales del siglo XIX. Actualmente, muchos australianos están intentando recuperar su hermosa cultura y volver a su antiguo modo de vida en las «reservas» y zonas pobres del interior de su continente.

De esta forma la cultura europea «occidental» se fue extendiendo por el mundo. Aprovechándose de la superioridad que les daban las armas, inició una época de gran riqueza en sus países a costa de las poblaciones que habían sometido o exterminado. Fue la época del «colonialismo», el principio de muchos de los graves problemas que todavía persisten en el mundo.

